

II

Ser vista no es ser

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (II): "Política identitaria, la izquierda y lo trans"*

Dr. Fabián Coitinho

1. Un capítulo que obliga a conceder

En *Después de lo trans* (2021), la escritora española Elizabeth Duval se propone algo raro en la teoría trans: discutir los fundamentos de la categoría trans en vez de blindarlos. En el primer capítulo atacó la autodeterminación del género con buenas armas, y llegó a una conclusión que vale la pena retener: nadie elige su identidad, se la encuentra. La primera entrega de esta lectura le respondió que tampoco alcanza con encontrarla, porque identificarse como algo, aunque sea sin elegirlo, no basta para serlo. El segundo capítulo, "Política identitaria, la izquierda y lo trans", prueba la vía contraria. Ya no busca la mujer adentro, en la identificación, sino afuera, en la mirada de los otros.

Es un capítulo difícil de criticar, por una razón que conviene confesar de entrada. Duval casi siempre parte de algo verdadero. Uno la escucha, asiente, concede, y cuando quiere acordar ella ya llegó a un lugar completamente distinto, y no hay forma de volver atrás sin desdecirse. Por eso este texto va a hacer lo contrario de lo habitual: conceder todo lo que hay que conceder, de una vez y por escrito, y aislar después la única inferencia que hace el trabajo sucio.

Lo concedido es mucho. Duval tiene razón contra la nueva regla según la cual "sobre lo que no define la subjetividad propia, hay que callar",[1] y tiene razón en que esa regla condena a las personas trans a hablar solo de su diferencia. Tiene razón cuando le dice a Janice Raymond, la feminista que en 1979 escribió *The Transsexual Empire*, que hay que abandonar la transgresión como fundamento de la legitimidad trans, porque hay vidas trans perfectamente conservadoras.[2] Tiene razón cuando le devuelve la acusación de colonialismo a quien mete a los muxes zapotecos o a los dos espíritus norteamericanos en la categoría trans, que es un invento médico y anglosajón del siglo XX.[3] Y tiene razón, sobre todo, en su mejor argumento. La violencia social funciona por esquemas perceptivos. Nadie le revisa los cromosomas a una mujer antes de manosearla en el ómnibus.[4] Una mujer trans percibida como mujer puede sufrir exactamente el mismo acoso que cualquier otra mujer; concedido, al menos para las que vienen bien tuneadas, con chapa, pintura y lifting incluidos. Todo eso está concedido.

Lo que no está concedido es el paso siguiente. De "X recibe el trato reservado a la categoría C porque se lo percibe como C", Duval pasa a "X pertenece a C". Ese salto es el que hay que obligarla a justificar.

2. Wingardium perceptatus

Si alguien confunde a un médico con un enfermero, esa percepción puede determinar por completo cómo lo trata: qué le pregunta, qué le pide, qué autoridad le reconoce, si lo deja hablar o le pide que llame al doctor. La percepción explica causalmente todo el trato. Lo que no hace es cambiarle la profesión. No hay un *wingardium perceptatus* que, con la varita de la mirada ajena, convierta al médico en enfermero.

Con el sexo pasa lo mismo, y el ejemplo más útil está en la taxonomía de la propia Duval. Supongamos un puto plumífero, afeminado sin remedio, de caderas generosas, al que un tipo percibe de atrás como mujer y acosa. La percepción explica el acoso, pero el puto no se convirtió en mujer. Ahora fijate cómo lo clasifica Duval. Ella distingue dos violencias. La estructural es la de los hombres contra las mujeres y se dirige a quien es percibida a través del esquema femenino. La correctiva castiga a quien se desvía del guion, y entre sus víctimas nombra expresamente a los "hombres excesivamente femeni-

nos".[5] El acoso a nuestro puto, por el criterio de Duval, es violencia estructural contra las mujeres: lo percibieron con el esquema de mujer. Sus categorías lo ponen del lado de las mujeres, y nadie, ella tampoco, concluiría de ahí que es una. Y si no vale para él, tiene que explicar por qué vale para otros.

El salto está en el texto, no en mi lectura. Duval parte del postulado de que "ser una mujer trans implica ser una mujer",[6] aunque lo presenta como provisorio, y unas páginas después establece que "la realidad de la categoría mujer se encontraría, entonces, del lado del género", del lado del sistema que nos lee.[7] Primero pone a la mujer trans dentro de la categoría, después pone la categoría en el sistema de lectura, y entre las dos cosas no hay ningún argumento. Hay una teoría muy buena de cómo se reconoce socialmente a alguien, presentada como si fuera una teoría de qué es.

3. La salida del "ser social"

Duval tiene una salida preparada, y conviene cerrarla antes de que la use. Al entrar en la discusión avisa: "A mí, aquí, no me interesan las identidades ni las identificaciones", y aclara que se va a centrar "exclusivamente en su ser social".[8] Podría decir, entonces, que nunca habló de pertenencia en sentido ontológico, que solo describió cómo funciona la categoría en la sociedad.

Esa salida le sale cara. Si solo describe el ser social, tiene una teoría del reconocimiento, que es justamente la que yo le concedí entera. Pero entonces no puede usarla para lo que la usa. El capítulo no se conforma con describir; quiere refutar. Duval anuncia que va a responder a la tesis según la cual la opresión de las mujeres se funda en la realidad biológica y visible del sexo, y que su respuesta "tendrá que tener el carácter de un desmentido".[9] Un desmentido sobre el fundamento de la opresión es una tesis sobre qué es lo oprimido, no sobre cómo se lo reconoce. Duval tiene que elegir. O se queda en el ser social y pierde el desmentido, o sostiene el desmentido y tiene que justificar el salto. Las dos cosas a la vez no se pueden.

4. El cuerpo que concede y el sexo que destierra

Para ordenar lo que sigue conviene separar tres preguntas que Duval mezcla. La genealogía pregunta por qué apareció la categoría mujer. El mecanismo pregunta cómo reconocemos socialmente a una mujer. El referente pregunta qué clase de entidades clasifica la categoría mujer. Duval distingue muy bien las dos primeras. Con la tercera hace algo más interesante que olvidarla: le cambia el nombre.

Duval escribe: "prefiero hablar de lo objetivo en tanto que cuerpo, en lugar de como sexo: el cuerpo es lo que es objetivo". El cuerpo existe, dice, como hecho dado y preexistente; el sexo, en cambio, operaría "mediante una construcción de asociaciones y convenciones sociales" sobre cuerpos variables.[10] Concede la invariante con el nombre de cuerpo y la destierra con el nombre de sexo. Todo lo que se le diga sobre el cuerpo lo va a aceptar, y todo lo que se le diga sobre el sexo lo va a declarar convención.

El problema es que su propia genealogía no le deja hacer esa maniobra. Para explicar de dónde salió el género, Duval recurre a la división sexual del trabajo y a la capacidad gestante, y escribe que "difícilmente puede explicarse el origen del patriarcado si no atendemos a su vinculación con una división primera entre los sexos".[11] Una división del trabajo no se hace con una convención que todavía no existe; hace falta una clase real de cuerpos que gestan y otra que no. En la genealogía, el sexo funciona

como un hecho. En el referente, de golpe, se vuelve convención. Duval usa la misma palabra en dos registros, según le convenga al argumento de turno: "el origen del género es material, pero el género en sí mismo no lo es".[12]

De ahí sale el argumento de los indicadores. Que una categoría funcione mediante indicadores perceptivos no quiere decir que esos indicadores hayan reemplazado a lo que indican. Cuando alguien percibe a una mujer por la cara, la voz, la silueta y los caracteres sexuales secundarios, esos rasgos no aparecieron en la historia por una tirada de dados. Son indicadores normalmente correlacionados con el sexo, y por eso sirven para reconocerlo. Que a veces se desacoplen, porque la medicina y el maquillaje aprendieron a fabricarlos, no prueba que el esquema haya dejado de referir al sexo. Prueba que el esquema puede ser engañado, que es otra cosa.

5. El sorprene

Duval misma ofrece el contraejemplo, y sin necesidad de ningún contrabando fenomenológico. En uno de los pasajes más sinceros del capítulo, se pregunta si una lesbiana es tránsfoba por rechazar a una mujer trans que al principio la atrajo, y responde que no. Le parece "absolutamente lógico" que la lesbiana haya presupuesto en la mujer trans "un esquema sexual subyacente que incorporara todas las características que la sociedad identifica con el sexo hembra, incluyendo la presencia de una vulva", y que el rechazo aparezca "al descubrir que la genitalidad no coincide". Agrega que le parece estéril exigirle a las lesbianas que deconstruyan su rechazo a los penes.[13] Hasta acá, honestidad intelectual que pocos se permiten.

Pero pará. ¿Qué pasó ahí? ¿A la torta le agarró un súbito ataque de pijofobia? Lo que pasó es más simple y más grave para la teoría de Duval: entró información nueva sobre el cuerpo y corrigió el esquema perceptivo anterior, y lo corrigió justo en un aspecto que importa sexualmente. Lo que podríamos llamar, con perdón, el sorprene, demuestra que la percepción inicial no había abolido la referencia al cuerpo. Había hecho una inferencia tácita sobre el cuerpo, y esa inferencia resultó falsa.

Duval podría responder que la corrección ocurre dentro del esquema, que el esquema tenía una vulva imaginaria y la perdió. ¿Y qué la corrigió? El esquema no se corrige con otro esquema; se corrige con el cuerpo. Un esquema que el cuerpo puede desmentir es un esquema que refiere al cuerpo. Si el esquema fuera autónomo, como Duval necesita para su teoría de la violencia, el descubrimiento sería irrelevante y la lesbiana no tendría por qué perder el deseo. Duval le reconoce ese derecho a la lesbiana, y con eso le concede al cuerpo una autoridad sobre el esquema que el resto del capítulo le niega. Su mejor concesión es la mejor prueba en su contra.

La fenomenología, recién ahora, ayuda a ver por qué. No hace falta decir que la percepción es "mera apariencia". Se le puede conceder a Merleau-Ponty, a quien Duval cita,[14] que percibimos inmediatamente a una mujer y no una colección de rasgos de la que después deducimos algo. Pero que la percepción sea inmediata no quiere decir que sea infalible ni que no se pueda corregir. Vemos una bola roja y lisa; la damos vuelta y del otro lado está verde y abollada; la percepción se corrige sin pasar por ningún razonamiento. La percepción no es un juicio consciente, y tampoco es el oráculo de Delfos. Que el mecanismo perceptivo pueda equivocarse respecto del referente no elimina el referente. Al contrario: la posibilidad misma del error presupone una diferencia entre lo que parece ser y lo que es.

6. "Así tal cual la veo"

En la parte más polémica del capítulo, Duval la emprende contra una izquierda que llama "neomaterialista", la que culpa a las políticas de identidad de los males de la izquierda y se refugia en las "condiciones materiales". Se burla de su pretendido "análisis materialista", que según ella postula que las cosas son "así tal cual las toco y las veo", y le asesta lo que considera el golpe de gracia: eso sería, "curiosamente, la expresión máxima del subjetivismo",[15] una posición que no admite crítica de la percepción.

La frase es buena, y la quiero devolver con el moño puesto. ¿Qué es la categoría mujer en la teoría de Duval? Es la categoría a la que pertenece quien es leída a través del esquema femenino. Es mujer quien es vista como mujer: así tal cual la veo. La teoría que convierte la percepción en criterio de ser es la de ella. La posición que este texto defiende es la contraria: la percepción es inmediata pero corregible, y lo que la corrige es el cuerpo. El subjetivismo que Duval le reprocha a sus adversarios es exactamente el que sostiene su ontología.

7. Qué castiga el agresor

La tipología de las violencias, que es lo más trabajado del capítulo, tiene la misma grieta. Duval escribe que "una mujer no es violentada en la calle por tener vulva", sino "por la imaginación, la mirada que se proyecta en ella",[16] y aplica eso a las mujeres trans. Si un violador ataca a una mujer trans porque la percibe como mujer, es violencia estructural, aunque los genitales de la víctima no coincidan con los que el esquema del violador suponía. Y si además se siente "engañado", porque el cuerpo "tendría que haber sido" masculino, se agrega la violencia correctiva.[17]

Muy bien. Pero entonces la percepción ya no alcanza para clasificar la violencia. Para saber cuál de las dos hay, o si hay las dos, hay que reconstruir qué propiedad cree estar castigando el agresor en el momento de agredir. La víctima es la misma de punta a punta, y el daño también; lo que cambia en el medio es el objeto de la intención del agresor, que empezó yendo contra una mujer y terminó yendo contra alguien que, a sus ojos, lo había engañado sobre su cuerpo. Una teoría de la violencia que necesita saber eso ya no puede decir que todo pasa en la mirada.

Hay algo más de fondo, y es circular. Duval define la categoría mujer por la percepción, y define la violencia estructural como violencia contra la categoría mujer. Entonces "es violentada como mujer" no puede funcionar como prueba de que alguien pertenece a la categoría, porque ya estaba incluido en la definición. Que la frase sobre la vulva sea verdad en un episodio concreto no la hace suficiente como explicación del sistema. El agresor no necesita conocer la vulva de esa mujer en particular para actuar dentro de un sistema cuya clase de destinatarios se organizó, históricamente, alrededor de tener vulva. Eso lo dice la propia Duval cada vez que habla de capacidad gestante.

8. Lo que queda

El primer capítulo exploró la vía interior: identificarse como mujer, aun sin elegirlo, no basta para ser mujer. El segundo exploró la vía exterior: ser percibida como mujer, aun con todas las consecuencias que eso trae, tampoco basta. Duval recorrió con talento las dos grandes vías no corporales que existen para definir la pertenencia a un sexo, y en las dos hay que concederle mucho: las identificaciones exis-

ten, las percepciones existen, las dos son causalmente poderosas y socialmente decisivas. Concederlo no debilita la crítica. La afila, porque deja una sola pregunta en pie: qué falta, cuando ninguna de las dos alcanza.

Y ahí vuelve el cuerpo. Ya no como el garrote del votante de Vox o de la señora del Opus Dei que repite "es biología básica" como quien reza el rosario. Vuelve como la medida de las otras dos vías, lo único que permite explicar por qué la identificación y la percepción pueden acertar, divergir o equivocarse. Se puede apretar a la gorda del proverbio hasta que deje de cantar, y la invariante sigue ahí. Duval la vio, la llamó cuerpo, la declaró objetiva y la mandó al exilio con otro nombre, porque si la dejaba entrar como sexo se le caía el capítulo.

El cierre se escribe solo. Una ensayista que pasa veinte páginas burlándose del fetiche de lo "material" merece que la despidan con "Material Girl". Y con el video, que es mejor que la canción: Madonna con vestido rosa, guantes largos y collar de perlas, rodeada de pretendientes de esmoquin, imitando el número de Marilyn Monroe en *Los caballeros las prefieren rubias*. Es la copia de una copia de la feminidad, la misma cadena de imitaciones que Duval aprendió de Butler.[18] Toda esa feminidad citada, ensayada y reproducida no logra borrar a la chica material que hay debajo, y la canción, a su manera, lo sabía.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), cap. 2, «Política identitaria, la izquierda y lo trans», apartado «La posición identitaria del discurso». La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.
2. Janice G. Raymond, *The Transsexual Empire: The Making of the She-Male*, Boston, Beacon Press, 1979 (Duval cita la introducción a la edición de 1994); Duval, cap. 2, «Introducción al feminismo transexcluyente».
3. Duval, cap. 2, «Historicidad y contexto de lo trans».
4. Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
5. Ibid.
6. Duval, cap. 2, «El género como sistema y el género como proceso».
7. Ibid.
8. Ibid.
9. Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
10. Duval, cap. 2, «El género como sistema y el género como proceso».
11. Ibid.
12. Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
13. Ibid.
14. Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción* (1945), primera parte, cap. V, «El cuerpo como ser sexuado»; citado en Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
15. Duval, cap. 2, «Realidades materiales y neomaterialismos».
16. Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
17. Ibid.
18. Madonna, «Material Girl» (1984), videoclip dirigido por Mary Lambert (1985), que recrea el número «Diamonds Are a Girl's Best Friend» de *Los caballeros las prefieren rubias* (Howard Hawks, 1953); Judith Butler, *El género en disputa* (1990).